

FILANDER

Víctor Meza

Nos conocimos en el exilio, En San Salvador, en febrero de 1964. Él había llegado en condición de exiliado político, luego de purgar meses de cárcel en manos de la dictadura recién instaurada de Osvaldo López, a consecuencia del golpe de Estado contra el gobierno liberal de Ramón Villeda Morales, el tres de octubre de 1963. Él era ya un político conocido, fogueado, funcionario importante del gobierno derrocado. Yo, exiliado también, apenas un dirigente estudiantil recién graduado del bachillerato en el colegio sampedrano José Trinidad Reyes. Dos mundos, dos dimensiones políticas, una sola aspiración. Nos hicimos amigos, compañeros, mejor dicho. Aprendí muchas cosas de él, entendí otras, pero, sobre todo, fuimos colegas en la aventura y en el esfuerzo cotidiano por descifrar estas honduras.

Recuerdo que, cuando viajé a Europa, acompañando a Edén Pastora, el legendario comandante guerrillero sandinista y viejo compañero y amigo de la lucha antisomocista en Nicaragua, fue Filánder quien defendió mi decisión ante compañeros y amigos que no lograban entender aquella actitud y cuestionaban mi periplo, supuestamente “antisandinista”, ante los jefes de Estado social demócratas del viejo continente.

Hoy, tantos años después, pensando en lo que nos está pasando como país, en la debacle en que nos encontramos, en el lento descenso de Honduras hacia el abismo, pienso en Filánder Díaz Chávez, el maestro, el viejo ingeniero que, dedicado al estudio de las ciencias sociales, hizo tantos y tan valiosos intentos por entender la realidad nacional. Al revisar el contenido de sus libros, no puedo evitar la conclusión incómoda: el estudio de nuestra realidad, con rigurosidad de experto y vocación de académico, nace de la ingeniería y no de las ciencias sociales. Fue Filánder, en su desmesurado esfuerzo de historiador, antropólogo, intérprete político y ensayista, quien se introdujo en los vericuetos de nuestra historia para buscar las raíces de la identidad y del ser hondureño. Nadie más.

Al comprobar, con los datos diarios de la violencia cotidiana y el salvajismo casi normal que nos abruma, busco las raíces del mal, las explicaciones en la historia que nos deben ayudar a descifrar esta tragedia, este drama siniestro que nos agobia y atormenta. La violencia generalizada no es algo nuevo ni de factura reciente. Está en las raíces mismas de nuestra historia. No lo neguemos, ni lo olvidemos. No seamos hipócritas ni taimados. La historia es así y Filánder nos la cuenta.

He releído su primer libro: “Las raíces del hambre y de la rebeldía a la explotación (un ensayo sobre la “pereza””, publicado en Cuba, en 1961, y reproducido en Honduras (segunda edición) en 1962. Fue publicado en La Habana porque el libro terminó siendo finalista en un concurso latinoamericano convocado por una institución de la naciente revolución cubana (dicho sea de paso, lo mismo aconteció con el libro de cuentos “Péscame una sirena” de Luis Díaz Chávez, hermano de Filánder, quien también ganó un premio en el prestigioso concurso de Casa de las Américas, en Cuba). El libro de Filánder, muy poco conocido en Honduras (la Universidad lo debería de reproducirlo en su

programa editorial), es un texto clave para entender el inicio de los análisis académicos sobre la realidad nacional. Su texto demuestra lo que afirmamos: la búsqueda de la esencia social y política en Honduras no viene de las ciencias sociales, sino de las físicas. Fue un ingeniero, graduado en la Universidad de El Salvador (y, de paso, fundador del primer Instituto de la Vivienda en aquel país vecino), el que empezó la investigación rigurosa de nuestros orígenes, de la naturaleza del ser social del hondureño, de su identidad perdida o en proceso de lenta y difícil construcción.

Al leerlo, uno aprende a comprender mejor las raíces de la violencia actual, de sus orígenes históricos y de su larga y azarosa marcha desde atrás, desde las luchas post coloniales, desde la búsqueda de la República, desde el pasado... Filánder, con minuciosidad de arqueólogo y devoción de historiador estricto, nos muestra cómo entre 1827, seis años después de nuestra formal independencia de España, y 1900, en apenas 73 años, se produjeron 259, léase bien 259, "rebeliones armadas entre acciones de guerra y capitulaciones" en nuestro país.. Además, por si fuera poco, Honduras se vio involucrada en 21 guerras con los Estados vecinos, en las que invadió agresivamente o fue invadida sin ninguna opción. Si a esto sumamos las guerras en el siglo veinte o, lo que es peor, las contiendas armadas y los conflictos bélicos de todo tipo que sucedieron en los primeros treinta años del siglo pasado, las guerras de 1959 con Nicaragua y la de El Salvador, en 1969, y las escaramuzas y conatos armados en las décadas recientes (1965, 1973, etc.), más los conflictos bélicos regionales en los años ochenta del siglo XX (la Contra nicaragüense y la guerrilla salvadoreña), tendremos un cuadro aterrador, suficiente en sus datos y proyecciones para enseñarnos una verdad rotunda: no es cierto que somos o hemos sido un "oasis de paz" como decía la torpe propaganda de los militares en los años setenta del siglo anterior; no es cierto que "somos diferentes", "pacíficos y distintos". Somos y hemos sido violentos por naturaleza histórica. No nos engañemos. La solución no está en negar la historia sino en cambiarla, en crear, promover y consolidar una cultura de paz y convivencia diferente, nueva, plural y democrática. Esa es la verdad, la única y completa verdad. No nos engañemos.